

Las dos caras de un imperio

En el siglo II después de Cristo, un gran imperio se extendía desde Britania hasta el Eúfrates. Cien millones de habitantes poblaban una extensión territorial de 4.300 kilómetros de este a oeste y 3.200 kilómetros de norte a sur. Roma se encontraba en el cénit de su poder, que no caería en su último palmo de terreno hasta la toma de Constantinopla por parte de los turcos. Pero para ello habría que esperar nada menos que hasta 1453.

Para llegar a ese estado de cosas, los romanos hubieron de crear un sistema de imperialismo militar, económico y político sobre la base de una ideología forjada por sus clases dominantes. Buscando su enriquecimiento sojuzgaron pueblos y redujeron a la esclavitud a millones de seres humanos, asesinaron en masa a poblaciones enteras y arrebataron la riqueza a amplias regiones merced a una imbatible máquina de matar: la legión. Pero Roma también ideó un sistema jurídico estable para Occidente, impulsó obras públicas perdurables y exaltó la política como debate público -principalmente en la época republicana-, por no hablar de su corpus literario inagotable en todos los géneros dentro, por supuesto, de un impresionante vehículo de cultura: la lengua latina a través de un alfabeto tomado de los griegos por intermedio de los etruscos.

Aunque al final nunca ha traído nada bueno, todos los pueblos han creado una sólida mitología -algunas, milenarias- para explicar sus orígenes. Roma, también.

Sus principios legendarios se remontan a Eneas, héroe huido de la guerra de Troya que fundó un nuevo linaje

real en la legendaria Alba Longa. Numítor, uno de sus descendientes, fue removido del trono por su hermano Amulio, que ordenó arrojar al río Tíber a Rómulo y Remo, nietos del pobre monarca depuesto. La fortuna quiso que se salvaran de la tragedia y fueran amamantados por una loba, convirtiéndose, de paso, en la imagen más tópica de la Roma antigua. El caso es que los hermanos repusieron en el trono a su abuelo, pero la historia no acabó con los dos comiendo perdices, pues Rómulo mató a su hermano por una disputa fratricida. Como diría Gila, se quedó sin hermano, pero se lo pasó... y más cuando ha pasado a la posteridad como el fundador de Roma justamente en el monte donde él y su hermano se habían salvado de la muerte.

Que la historia no es creíble tanto da, sobre todo cuando más tarde comprobaremos que Virgilio, uno de los aduladores oficiales de Octavio Augusto, eso sí, maestro universal de las letras e individuo de gran preparación intelectual. Nada que ver con Jaime Peñafiel.

Esto, muy sintéticamente, es lo que ha quedado en la mitología, aunque los datos arqueológicos hablan de una ciudad nacida a mediados del siglo VIII a.c. -ya Varrón colocó el nacimiento legendario en el 753 a.c.- en el marco de una liga latina de poblados agrícolas y pastoriles, sin que falten los que atribuyen a los etruscos, pueblo al norte de Roma, la fundación de la futura urbs. Sea como fuere, la inhumación de los muertos ya había sustituido a la incineración, y la monarquía era el sistema político predominante hasta su caída en el siglo VI a.c. En cualquier caso, Roma tuvo que esperar hasta el 396 a.c. para sacudirse el dominio etrusco en el definitivo enfrentamiento de Veyes.

Geográficamente, Roma ocupaba -y ocupa- una posición al noroeste del Lacio, con el río Tíber como frontera con Etruria. Esos primeros pobladores ya habitaron el conjunto de las siete colinas frente a la isla Tiberina, a saber: el Palatino, la colina central, rodeada por el Capi-